



Consuelo

Lina Marcela Herrera Guzmán

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2022.

Consuelo

Lina Marcela Herrera Guzmán

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:
Magister en Escrituras Creativas

Directora:

Dramaturga, directora y actriz, Carolina Vivas Ferreira.

Evaluadora:

Dramaturga, directora y actriz, Patricia Ariza Flórez.

Línea de Investigación:

Profundización en Dramaturgia.

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas.

Bogotá, Colombia

2022.

Dedicatoria

A mi madre y su silencio.

*A las montañas de Nariño y Putumayo que
esconden estos dolores, estas historias y
mucho dignidad.*

De aquí en adelante,

nos queda el aliento.

Ese último rezago del alma.

O, quizás...

Esta vez, abracemos la esperanza.

Declaración de obra original


Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.



Lina Marcela Herrera Guzmán

18/08/2022.

Agradecimientos

A Martha Niris Solarte, líder social, víctima del conflicto armado y maestra rural. Su resistencia y su resiliencia abrigaron mi imaginación.

A Carolina Vivas Ferreira, actriz, dramaturga y directora teatral, por ser guía, creatividad, palabra y paciencia.

A las víctimas del conflicto armado de la Mesa de Participación de Víctimas de Nariño, quienes confiaron en mi escucha y jugaron conmigo al teatro en tiempos de silencio y de muerte.

A Patricia Ariza, dramaturga, actriz y activista cultural, por inspirarme con su lucha política y cotidiana.

Resumen

Consuelo

Consuelo, es la dramaturgia de una obra teatral en la que el conflicto sobrepasa la posibilidad de desafío y acción de sus protagonistas; en un espacio-tiempo de teatralidad en el que absolutamente todos los personajes viven peripecias a causa del conflicto armado colombiano, su relación con la vida y con la muerte.

Consuelo, una maestra de una escuela rural, líder social y sobreviviente de secuestro por parte de grupos armados, vive la desaparición de su hijo, quien no llega en el bus de la mañana al pueblo. Desde ese momento, busca sin descanso el paradero de Jacobo y la verdad sobre sus victimarios.

Detenido su pensamiento y su recuerdo en el dolor profundo de la desaparición, Consuelo abandona la escuela, su hogar y su pueblo, para descifrar los sueños que evocan a su hijo, expiar la culpa de su liderazgo, hasta enfrentarse a sus victimarios. Entre tanto, Jacobo vivirá su propio destierro y develación, mientras Hugo insistirá en sostener la esperanza de crecer lejos de la guerra y esperar a su maestra.

Si bien la obra no se sitúa en un lugar determinado de la geografía colombiana, este viaje evoca la ruralidad, la memoria y el desafío entre la venganza o el perdón, en un país que solo puede verse como mapa fragmentado.

Palabras clave: maestra, desaparición, teatro, cuerpos, niñez, guerra, perdón.

Abstract

Consuelo

Consuelo, is the dramaturgy of a theatre play in which conflict exceeds the possibility of challenge and action of its main characters; in a space-time of theatricality in which absolutely all the characters live incidents because of the Colombian armed conflict, their relation with life and death.

Consuelo, a rural school teacher, social leader and survivor of kidnapping by armed groups, lives her son's disappearance, who does not arrive in the morning bus to the town. Since that moment, she looks for without rest the whereabouts of Jacobo and the truth about his victimizers.

Stopped her thought and her memory in the deep pain of disappearance, Consuelo leaves the school, her home and her town, to decipher the dreams that evokes to her son, expiate the guilt of her leadership, until face to her victimizers. Meanwhile, Jacobo will live his own exile and unveiling, while Hugo will insist in hold the hope of growing far of the war and wait to his teacher.

Although the play does not locate in a certain place of the Colombian geography, this journey evokes the rurality, the memory and the challenge between the revenge or forgiveness, in a country that can only be seen as fragmented map.

Keywords: teacher, disappearance, theatre, bodies, childhood, war, forgiveness.

Contenido

	Pág.
Resumen.....	
Introducción.....	1
1. Personajes.....	7
2. Escena 1. La Jaula.....	8
3. Escena 2. Amanecer.....	11
4. Escena 3. Camino sin fin.....	16
5. Escena 4. Lección de exploradores.....	19
6. Escena 5. Consuelo en la carretera.....	30
7. Escena 6. El océano.....	34
8. Escena 7. Entrevista a Hugo.....	38
9. Escena 8. Mar y piel	40
10. Escena 9. Desde las ventanas.....	43
11. Escena 10. El bosque.....	47
12. Escena 11. Peregrinación.....	50
13. Escena 12. Deje de hacerme cosquillas.....	54
14. Escena 13. La exhumación.....	58
15. Escena 14. Perdón.....	64
16. Bibliografía.....	66

Introducción

No soy artista, soy testigo.

Poética de la obra, Consuelo.

Nota aclaratoria:

Disculpe si solo escribo en primera persona.

*No tengo más voces que la mía,
jugueteando con ser otra-s a través de los personajes;
y, aun así, siguen pareciendo un espejo.*

Algo se me escapa de las manos, una imagen se distorsiona ante mi débil forma de mirar, una experiencia inimaginable se distancia de lo poco que he alcanzado a recorrer y, además, mi lengua se vuelve una enredadera dentro de mi boca cuando trato de explicarlo. No sé, hay algo que no puedo decir, que aparece como un vacío. Como un agujero más o menos ubicado entre mi garganta, más o menos en ninguna parte del cuerpo; y, aun así, no se compara con el afuera.

Un acontecimiento cercano al horror se aparece como imagen desfigurada y yo cierro los ojos. Solo puedo ver ese afuera a la distancia, muy a la distancia. Las casas tiemblan por dentro, un acto violento se camufla y yo solo veo el resonar de las ventanas. Un grupo de gente invade las calles, las fronteras y las oficinas de migración, pero yo solo lanzo una moneda, mientras veo sus ojeras apilando noches sin dormir y, en sus bolsillos, exilios con olor a trocha y mar. No veo más.

Lo demás lo imagino, como una fantasía menos perversa de lo que realmente sucede en el exterior. Estoy en Colombia.

Por alguna razón, esta humanidad propia de la calle y la realidad dispersa de la ciudad “en desarrollo”, este tipo de antihéroes que persisten con su voz propia, humanos condenados

a ser objetos de desecho para los apoderados; pueblos sin casa, cuerpos con tristezas acumuladas que, a pesar de todo, le encuentran sentido y resistencia a este mundo, me inquietan, me hacen preguntas, me llaman. No como artista en particular.

Ese otro sufrimiento, lejano al que yo como mujer promedio llegaré a vivir (o eso espero), se puso frente a mí como un sentimiento de lástima, pesar, que poco o nada contribuye a dignificar, por lo menos inicialmente.

Habitaba mi personaje de psicóloga a los 21 años y recibía en mi consultorio universitario a hombres y mujeres que jamás podrían pagar una terapia: “Señorita vengo porque mi hijo mayor mató a mi hijo menor y yo no quiero que lo lleven a la cárcel. ¿Está mal? Si ya perdí a un hijo, por qué debo perder al otro”; “Ayúdeme, doctora, los extraterrestres me están persiguiendo y quieren quitarme la casa”; “Desde que perdí a mi hijo, perdí mi útero” ... Un sinfín de quejas y sufrimientos buscando un lugar para decirse, un oído y palabra que devuelva una aceptación, solución irrealizable o, al menos, una visión distinta.

Entre estos, un hombre, víctima del desplazamiento forzado, llegó llorando porque no tenía cómo pagar los cuadernos para el colegio de su hija. “Pepe” (Su nombre, ya ficcionalizado), exiliado, caminó durante años por Colombia hacia un lugar idealmente pacífico, deshabitando los lugares, arrastrado por el miedo y la pobreza, despoblado de la tierra que fue su hogar. Pepe, había dejado de comer por el miedo a que al día siguiente faltara el aguapanela y el pan para sus hijos.

Esa y otras voces, me hicieron eco permanente durante algunos años. Manifiestas como indignación, frustración y una perturbación que impedía, en términos reales, ponerme en los zapatos del otro, de las otras.

Con el paso del tiempo, esta perturbación se convirtió en impulso creativo y, entonces, comencé a *hablar* desde el teatro. Léase, hablé. No necesariamente con palabras y ni siquiera poniendo mi voz como protagonista. Abandoné mi personaje de psicóloga y me puse la máscara de artista.

A veces el cuerpo, a veces el cuerpo de los otros, la palabra dicha por los verdaderos protagonistas (sobrevivientes del conflicto armado, sus familiares, excombatientes), sus verdades puestas sobre un escenario y una realidad ficcional que nos permitiera a todos reconocer lo sucedido, lo que aun pasa.

De todo ello, además de la experiencia social y estética, logré guardar un material de archivo con testimonios, relatos, palabras; de los cuales, algo llamaba mi atención: ¿Por qué hay experiencias asociadas al conflicto que definitivamente no se pueden decir? ¿Cuál es la palabra que se oculta entre el trauma y el dolor de la guerra? ¿Puede ser dicha? ¿A quiénes? ¿Por qué no cierra un duelo producto de la guerra? Esa desproporción del horror y el lenguaje, sumado a la capacidad limitada de escucha fueron mis preguntas personales, profesionales y posteriormente creativas.

Sin embargo, el relato o narración de lo sucedido en las personas y comunidades sobrevivientes el conflicto armado, otra vez me dejó un vacío. Poner en escena los testimonios, para mis actores- participantes, les dio un lugar para nombrarse, para ser reconocidos en su dolor, por lo menos transitoriamente. Pero no era suficiente, pues algo pasaba, o no, en los espectadores.

Por ello, quise que el testimonio sea una especie de polifonía que mudara su piel y su tono en distintos lenguajes: Un poema, una acción escénica, un performance, intervenciones efímeras en el espacio, actos de conmemoración en el espacio público; procurando, como lo expone Carri (s.f. como se citó en Bernini, 2009), hacer estallar el testimonio, en su necesidad de repetición y experimentación.

De lo anterior, nació el impulso por aprender a escribir lo que hoy es *Consuelo*. Y como usted leerá, mi oficio no es la escritura, quizás sí la palabra.

Entonces, el proceso de escritura fue el intento personal de responder: *¿Cuál es la diferencia entre lo testimonial y lo poético?* Y esto ¿Qué podría generar en los espectadores? Más allá de una experiencia de horror o belleza.

De esta manera, el punto de partida de *Consuelo*, fueron testimonios de sobrevivientes del conflicto armado que había recopilado en algunas iniciativas comunitarias; entrevistas a excombatientes, militares, ex paramilitares, notas de prensa públicas, entre otras fuentes de la realidad colombiana, con la intención de experimentar una transición hacia una escritura dramática que me llevara a una especie de poética del conflicto. A su vez, esta realidad fue uno de los principales desafíos al momento de mi escritura pues, ocasionalmente, caía en las tinieblas de lo evidente y lo literal.

Asumí lo poético como la posibilidad de expandir, develar, transformar el testimonio en imágenes, acciones escénicas, diálogos y, en suma. una dramaturgia propia (o

experimental), ya que como lo expresa Zizek (2008, p.13), “*La prosa realista fracasa donde tiene éxito la evocación poética de la insoportable atmósfera de un campo*”. Y lo que viene, fue el resultado.

Consuelo, es la dramaturgia de una obra teatral en donde el conflicto sobrepasa la posibilidad de desafío y acción de los personajes; por lo cual, quizás no deba considerarse una obra dramática en sí misma; pero sí un espacio-tiempo de teatralidad donde absolutamente todos los personajes viven peripecias a causa del conflicto armado colombiano, su relación con la vida y con la muerte.

En cuanto al espacio, si bien no se sitúa en un lugar determinado de la geografía colombiana, ni tampoco en un hecho histórico particular, pretende evocar la ruralidad en su diversidad y experiencias vitales, a través de la acotación y el lenguaje coloquial de los personajes.

Además, quise jugar con los climas y atmosferas del campo, sus olores, la diversidad de la tierra, la montaña, los bosques, el mar y el desierto, como oportunidad para que la acotación proyecte los estados psicológicos de los personajes. Por ejemplo, el frío y el helaje de un bosque como la desolación e inmenso dolor de Consuelo; así como el calor del desierto que impregna el cuerpo de alguien que ya no halla lugar, que habita una especie de limbo entre lo vivo y lo muerto.

De otro lado, en cuanto a la temporalidad, a pesar de que *Consuelo* evoque nuestro pasado y presente como País, no especifica una temporalidad histórica ni una continuidad cronológica. Más bien, se plantean momentos, saltos de tiempo entre el pasado y el presente de los personajes, esperando que el espectador pueda hilar la historia, como si se tratase de una especie de rompecabezas.

Escribir creativamente y a la vez evocar la realidad sin repetirla, trajo consigo uno de los principales tropiezos o desafíos, asociado a poder definir las líneas temáticas y argumentales de la pieza.

Aunque suene contradictorio al tratarse de escritura teatral, en principio mi intención no fue conectar con un solo argumento en particular; de manera que construí una especie de rompecabezas sin tiempo, ni espacio definido, en el que la única posibilidad de unidad era el encuentro de los personajes con el horror de la guerra (como víctimas, espectadores,

victimarios, etc). Sin embargo, este rompecabezas, sí que “rompió” mi cabeza con el paso del tiempo y me distanció de la escritura dramaturgica.

Siendo así, terminé escogiendo uno solo de los cuadros que había escrito; a partir del cual identifiqué una posible hipótesis de estructura. *Consuelo*, el personaje principal, una maestra de escuela rural y líder de su comunidad, me llevó y llevará a los futuros espectadores y lectores por distintas peripecias, luego de vivir el suceso de partida: la desaparición de su hijo.

Este suceso, que en términos prácticos no es el inicio formal de la obra, impulsa a Consuelo a vivir su propia travesía en búsqueda de su hijo, vivo o muerto; y, luego, de los responsables o victimarios, abriendo preguntas sobre el dolor, la culpa y el perdón.

Igualmente, podría decirse que, del tema principal, la desaparición forzada, surgen tres líneas temáticas: el perdón (social o subjetivo), la búsqueda en vida y fuera de ella para encontrar el amor maternal; y, quizás, un esbozo de las distintas pérdidas en el conflicto, incluyendo la pérdida de la esperanza. En esta última línea, invito a detallar el viaje que vive Hugo, un niño de la escuela del pueblo, que por lo demás, añora a su maestra. Curiosamente, los tres personajes que lideran la acción: Consuelo, Jacobo y Hugo, no descansan de buscar.

En consecuencia, a lo largo de la obra se registran tres planos: El metafísico, a través del viaje que vive Jacobo para descubrirse vivo o muerto y como posibilidad de encuentro con el amor maternal; el real, como registro en donde los personajes (Consuelo, Hugo, personajes del pueblo) se enfrentan con el horror de la guerra; y el poético, como enunciación ficcional del dolor, la culpa y el valor de Consuelo; un plano que, además, posibilita hilar el pasado, el presente y los sueños.

Por otro lado, como principales influencias en mi escritura, se encuentran los testimonios y relatos de quienes vivieron y viven la guerra en Colombia; pero también, distintas agrupaciones que han hecho un recorrido en torno al Teatro y al conflicto armado: Santiago García y Patricia Ariza, con el Teatro la Candelaria; Umbral teatro, desde la visión de Carolina Vivas; Enrique Buenaventura, en especial su obra, *La maestra (1968)*, y Carlos José Reyes y su investigación sobre *Teatro y Violencia en dos siglos de historia de Colombia (2012)*. Mientras que, como referentes teatrales internacionales, me inspiro en

Bertolt Brecht con su Teatro épico y en la libertad del actual dramaturgo y director Arístides Vargas con su Teatro del exilio.

Para finalizar, sin pretender ser demasiado moral, recuerdo esa advertencia de los soldados de las SS en la Segunda Guerra Mundial (Como se citó en Levi, 1989, p.5) hablándole a sus víctimas, con la seguridad de que nunca serían descubiertos, ni juzgados: *“De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedara para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería...”*.

La respuesta es no, nunca.

Quizás no sea una artista, sino una testigo de la atrocidad humana en contraposición a lo poético y a la belleza. Por ello, *Consuelo*, es una intención personal de decir que no olvidamos y que hay distintos lenguajes para enunciarlo. Muchos nos hemos vuelto testigos, parlantes humanos, cuerpos expuestos que dan testimonio de los excesos, a veces interlocutores, a veces expectantes. Pero eso sí, puesto el arte, la ficción escénica como otro lugar para la memoria, entre sus variadas y libres posibilidades.

1. Personajes

Consuelo, maestra.

Jacobo, hijo de Consuelo

Hugo, niño del pueblo.

Abel, niño del pueblo.

Mariana, niña del pueblo.

Juanito, niño del pueblo.

Gloria, vecina de Consuelo

Bill, paramilitar.

Franco, paramilitar.

Alma.

Rita, peregrina.

Margaret, peregrina.

Investigadora

Sepulturero.

2. Escena 1. La Jaula

Bosque helado y solitario. A lo lejos resuena sutil la caída de una cascada. Un timbre de teléfono antiguo se escucha como un susurro. Silencio. La fría niebla se dispersa poco a poco. Por la herradura de la puerta principal de una vieja cabaña, Hugo fisgonea dentro de la casa hasta detenerse en un gato sentado sobre un mesón de cocina, que gira y gira con sus patas, un plato de peltre vacío.

Hugo: ¡Ay, no puede ser! Ese gato se tragó la comida de la maestra. ¿Maestra? *(Golpea la puerta)* Maestra, su michi le está haciendo daños en la casa ¿No se dio cuenta?

Se da la vuelta y se apoya sobre la puerta. Alzando un poco la voz.

Hugo: ¿Maestra está ahí? ¿Está bien? Le tengo una buena noticia...

Afuera, un viento fuerte hace bailar las hojas de los árboles que caen en el rostro de Consuelo, dormida y encerrada en una estrecha jaula de pájaro. Rin, Rin, Rin. El timbre es ahora un alarido agobiante. Consuelo despierta en sobresalto.

Consuelo: ¿Aló? ¿Aló? ¿Aló? *(A público)* Suena el teléfono y yo me desmayo. Siento que algo se deshace dentro mí ¿Es mi corazón? Pasa una eternidad antes de que suene el teléfono.

Hugo: Mire que hoy Abel sí lavó el uniforme como usted le dijo. Aunque los zapatos le quedaron cochinos, no como los míos, cuando salga le muestro lo brillantes que quedaron mis botas.

Hugo vuelve a husmear por la herradura de la puerta. Se detiene y rápidamente camina hacia el pasillo.

Hugo: ¡Doña Gloria! ¿Está por ahí?... *(A sí mismo)* No debo fisgonear, no debo fisgonear... *(Susurrando)* ¿Por qué eres tan torpe, Hugo? Si la maestra se da cuenta, a la basura mis esfuerzos en el salón.

Hugo detiene su atención en el lugar solitario. Habla titubeante.

Hugo: Profe... esta vez no regañe a Abel ¿Sí? Mire que el domingo nos llevaron a cosechar la papa mientras los grandes iban a misa y la lluvia nos cayó encima. Llegamos llenitos de barro hasta las rodillas y él no quiso limpiar los zapatos porque tenía miedo de que no se le secaran para el día de colegio. Yo le dije que fuera en chanclas, que por ser lunes usted no le diría nada malo, pero le dio vergüenza.

Con dificultad, Consuelo se levanta y aprieta con fuerza las barandas de la jaula. Intenta salir.

Consuelo: 5 días, 10 días, 15 días. ¡Déjenme salir! ¡Necesito salir!

Consuelo se desmaya y despierta en sobresalto.

Consuelo: 20, 30 días... Caminar, errar, paso a paso, otra vez, no parar, no poder parar. Pierdo el horizonte y vuelvo al mismo lugar, encerrada, acorralada. Mis pensamientos son cadenas que me apresan aún más bajo esta cárcel que ustedes me imponen. ¡Deténganse! Mente en blanco, tiempo enmudecido, silencio. No, lo que necesito es hablar.

Una Ráfaga de abejorros vuela buscando el jardín de flores que rodea la casa de la maestra. Rin, Rin, Rin, se escucha el timbre del teléfono como un llamado. Silencio. Hugo golpea insistente.

Hugo: Maestra, ahorita que lleguemos le ayudo a limpiar el salón ¿Le parece? No quiere salir, perdóneme...

Consuelo: *(Al público)* Ya ni siquiera estoy aquí, no me encuentran y yo no lo encuentro. Suena el teléfono y yo me desmayo.

Hugo: Maestra usted me dijo que no vaya donde no me han llamado, pero la estamos esperando en el salón. Eso me pasa por ofrecerme siempre a todo. ¿Será que entro? No, mejor sí, ay...

Hugo se apoya enojado en la puerta y ésta se entreabre. Se escucha retumbante el corazón de Hugo. Después de un suspiro, entra cauteloso y observa la habitación antigua, empolvada y deshabitada. La respiración agitada marca su paso. Su mirada se detiene en unos huesos de pollo tirados en el suelo, los recoge y organiza rápido los platos del mesón.

Hugo: ¡Quita de aquí, michi! Qué raro, la profe siempre nos avisa cuando sale para la ciudad.

El gato se acuesta en el extremo hundido de un sofá, Hugo se sienta al lado.

Hugo: (Al gato) ¿Michi, y si se aburrió porque no le entregamos las tareas?

El gato se frota en los brazos de Hugo y se acuesta sobre sus piernas.

Hugo: ¡Yo les dije que pusiéramos cuidado a las clases! Ahora si nos llevó el que nos trajo ¿Qué hacemos sin la maestra? No, no, no, tal vez está por aquí cerquita recogiendo naranjas.

El gato suelta un maullido largo y muerde los dedos de Hugo.

Hugo: Auch... Ay, claro michi, no has comido ¿verdad?

Hugo saca un pedazo de pan de su bolsillo, el gato se lo arrebató. Consuelo se levanta una vez más y agarra con fuerza las barandas.

Consuelo: ¿Qué les hice? ¿Qué riesgo esconden mis palabras? Cierro mi boca... (Escucha voces de niños jugando) pero mi voz es un río que cubre este silencio. Cada palabra es un eco en este pueblo, aunque yo no estuviera más. Mis lagrimas caen como hojas de esta tierra que quedará estéril. Ustedes no tienen raíces, no podrían entenderlo.

La pequeña luz que ilumina a Consuelo se extingue. Hugo, impaciente acaricia al gato y se levanta del sofá.

Hugo: ¿Qué vamos a hacer sin la maestra en el salón, gato? Si ella no está nos van a... y quién sabe si nos trague la montaña... hay niños que nunca, nunca más... Con lo que me costó quedarme en la escuela. Ay, no, yo no me quiero quedar tonto. No creo que Abel quiera quedarse tonto... Mejor dicho, sin la maestra estamos perdidos. (Hugo, sale de la casa, en la puerta) ¡Doña Gloria! ¡Doña Gloria! (Corre hacia el pueblo) ¡No está! ¡Algo le pasó a la maestra! ¡La maestra no está!

3. Escena 2. Amanecer

Se escuchan cacareos de gallos y un ventarrón retumba los tejados de las casas. Consuelo, todavía en pijama, calienta una taza de café con agua de panela en su estufa de leña. Se detiene en el umbral de la cocina, huele el aroma dulce de la panela, sopla con suavidad y sorbe un poco de café. Se dirige hacia el pasillo de entrada de la casa y se sienta en una silla de madera que, con su pata torcida, queda en desequilibrio. Contempla la entrada del pueblo, mientras abriga sus manos con la taza.

Consuelo: ¡Panzas! Hoy te toca baño. Claro, mira ese sol tan bonito que está naciendo.

Se escucha un maullido a lo lejos.

Consuelo: No, señor. Ya llevas más de tres meses con ese mugrero encima.

El gato vuelve a maullar.

Consuelo: No hagas berrinche que en menos de nada te secas rapidito.

Consuelo sigue con su mirada el camino hacia el pueblo.

Consuelo: Qué raro, el barro que arrastra la buseta no hizo huella en la carretera...

¡Vecina!

Consuelo se levanta de la silla y llama desde la esquina de su casa.

Consuelo: ¡Vecina! ¡Glorita! ¿Está por ahí?

Gloria: *(Gritando a lo lejos)* ¡Qué fue, hija!

Consuelo: ¿Me da razón si llegó el bus de la madrugada?

Gloria: El de las 5 debió llegar, pero yo no lo sentí...

Consuelo: Apúrele, levántese.

Gloria sale hasta el umbral de su casa sosteniendo con las manos el borde de su delantal.

Gloria: ¿Cómo que levántese, Consuelo? Si estoy despierta desde las 4 de la mañana. A usted es a quien le coge la tarde.

Consuelo: Ay, Glorita... ¿Y yo para qué me despierto temprano si los niños hoy no van a la escuela?...

Gloria: Privilegios, hija. Para mí todas las mañanas son lo mismo, tenerle lista la olleta de café a Anselmo ¡a las 4 a.m.!

Consuelo: Gloria, y será que Anselmo se dio cuenta de...

Gloria: Y con su coco lleno de pan con arroz y huevo, porque se larga lejos y vuelve hasta después de medio día... a seguir tragando.

Consuelo: No se queje, que le trae esos barriles llenos de leche. Escúcheme, de verdad no se dio cuenta si el bus...

Gloria: *(Llamando gallinas)* ¡Coooto, coto, coto, coto, coto, coto, coto, coto!

Consuelo: Escúcheme, Gloria.

Gloria: ¡Qué fue, hija!

Consuelo: Estoy preocupada...

Gloria: (*Suspira*) ¡Coooto, coto, coto, coto, coto, coto, coto, coto!

Gloria, toma un puñado de maíz de su delantal y lo lanza a la tierra.

Gloria: ¡Tucu, tucu, tucu, tucu, tucu! Pepa, Luisa, Ramona, coman a ver. ¿Qué pasó ahora?

Consuelo: Parece que el bus no llegó, qué raro.

Gloria: No empiece con sus suspicacias.

Consuelo: No escuché pitar la bocina de la buseta. ¿Usted la escuchó?

Gloria: No, pero con ese carro tan destartalado debe estar dañado hasta el pito.

Consuelo: ¿Y si les pasó algo?

Gloria: ¿Algo como qué?

Consuelo: Usted ya sabe.

Gloria: Lo que yo sé es que no me gusta meterme en chismes, ni cosas raras.

Consuelo: Es inusual, esa escalera llega siempre.

Gloria: ¿Y luego, por qué le preocupa tanto?

Consuelo: Jacobo venía en el carro...

Gloria: Ay, No diga... pero tranquila, seguro se quedaron varados y están de camino.

Consuelo: Alguien nos habría dicho algo.

Silencio. Se observan por un momento. Gloria afanada.

Gloria: ¡Coooto, coto, coto, coto, coto, coto, coto, coto! Pepa, Luisa, Ramona, coman rápido, gorditas.

Consuelo: ¿No será que su marido escuchó algo?

Gloria: No, ese nunca escucha nada.

Consuelo: Pero pregúntele...

Gloria: Ay mamita, déjelo trabajar tranquilo.

Consuelo: Jacobo, ya me habría llamado.

Gloria: Usted sabe que por allá no hay señal... ¡Pepa, Luisa, Ramona, rapidito para el corral! Shite, shite.

Consuelo: Voy a bajar al pueblo.

Gloria: No, miija. No le ponga tanto cuidado a eso que luego anda emproblemada, su hijo debe estar por llegar.

Consuelo: Hace unas semanas se tomaron la carretera que va al norte.

Gloria: No empiece, Consuelo, por favor.

Consuelo: Eso fue lo que pasó.

Gloria: Cállese, Consuelo... ¡Coooto, coto, coto, coto, coto, coto, coto, coto!

Consuelo: Usted sabe que ese día incendiaron...

Gloria: Consuelo, baje la voz y no traiga el mal agüero al pueblo.

Consuelo: ¿Mal agüero? Esa gente está hablando en serio, no son fantasmas los que invaden las casas.

Gloria: Por lo mismo, no me meta a mí en esas cosas.

Consuelo: Yo no la meto en nada, vivir aquí es suficiente para...

Gloria: Ya, Consuelo. No más...

Consuelo: ¿Y si les hicieron algo? ¿Y si pasó lo mismo esta vez?

Gloria: Mejor no diga nada y espere, que aquí las montañas vigilan.

Consuelo y Gloria observan la entrada del pueblo, cada una desde la puerta de su casa.

Consuelo, entra y sale con tazas de café, se balancea en la silla, al borde del pasillo principal. Gloria entra y sale con canastos de huevos. Se observan, sin pronunciar palabra.

Se escucha el chasquear metálico de la buseta destartada.

Consuelo: Llegó, llegó la buseta.

Gloria: Si ve yo le dije...

Una decena de personas escolta cabizbaja a la buseta. Consuelo busca entre los rostros, suelta su taza de café y se cubre la boca.

Consuelo: Mi niño no viene ahí. Yo sabía...

Gloria: Mamita, espere...

Consuelo corre hacia la carretera, Gloria la sigue desde atrás.

Gloria: Mija, espere.

4. Escena 3. Camino sin fin

Jacobo, recorre desorientado un camino desértico que parece infinito. Fuertes vientos levantan la tierra que se pega en su piel. Intenta limpiarse el rostro. La palma de la mano se detiene, viscosa, en la mejilla. Trata de humedecer con la lengua sus labios secos, traga saliva y se limpia el sudor de la frente.

Jacobo: ¡Hola! (Se escucha el eco) ¡Hola... hola... hola...!a! ¿Alguien cerca? (Se escucha el eco) ¿Alguien cerca?... cerca?... erca?... a? Nadie.

Se detiene, intenta ver y escuchar, pero aparte de su voz solo se oye un vendaval que lo balancea de un lado a otro.

Jacobo: ¡Quietooo!¡Ahhh!

Bailotea hasta que sus pies logran sostenerse firmes sobre la tierra, el vendaval sigue su rumbo.

Jacobo: Menos mal nadie me vio.

Un difuso silencio inquieta a Jacobo, la sequedad del lugar vuelve a acentuarse en su piel. Observa el trayecto que ya ha recorrido. Se sienta en la tierra y masajea sus pies.

Jacobo: Es engañoso este camino. He caminado mucho, tengo llagas en los pies, pero no me duele nada.

Una lluvia de arena lo cubre, Jacobo intenta limpiarse el polvo del cuerpo y palpa con detenimiento la arena.

Jacobo: Es seco, hace calor, pero no tengo sed. Qué curioso. Y nadie aparece, ni nada. Es como si la presencia de las cosas se hubiera esfumado...

Se acuesta, se cubre el rostro del sol y mira al cielo por un momento. Da vueltas en el mismo lugar, intenta descansar, pero la luz sobre su rostro se lo impide.

Jacobo: Mis pupilas fijas, mis ojos infinitamente abiertos y, aun así, perdido (*Ríe*). ¿Alguien cerca para un vaso de agua? Ni siquiera tengo sed, pero (*Gritando*) ¿Alguien? (*Escucha el eco*) Alguien, alguien... en.

Jacobo suspira. Se detiene a mirar hacia lo lejos las montañas de arena, sin ranchos, sin veredas.

Jacobo: Antes que llorar canto, canto... a ver... ¿Qué canción? la canción de un amor, no. La canción de mi madre.

*Oh, mi niño ven despierta ya,
que tu mama pronto te viene a abrazar.*

*Oh, niño abre tus ojos,
que el sol nace cuando tú lo iluminas.*

*Si mi niño danza la tierra,
nacen frutos dulces y germina hogar.*

*Si mi niño la siembra, también,
la vida florece mientras tú creces.*

*Oh, mi niño ya va a oscurecer,
guárdate en mi brazo y quédate en mi ser.*

*Si te marchas, tu mama llora
Guardarme palabras, déjate acunar...*

Jacobo: ¡Mi madre! No puedo quedarme aquí. *(Con estrépito se levanta y sigue caminando. La luz le nubla la mirada)* Si no aparezco, todo el pueblo se va a enterar y ella no va a dejar de buscarme. ¿Alguien cerca? *(El viento levanta la arena, el eco resuena)* “Cerca... erca... ca.” Qué extraño, nada, ningún rancho.

Jacobo se pierde entre las nubes de arena. Oscuridad.

5. Escena 4. Lección de exploradores

Hugo se asoma por el pasillo de entrada a la escuela, lleva puesto un sombrero de paja y un morral de costal. Camina impaciente de un lado a otro y juguetea con sus pies. Uno a uno otros niños van llegando.

Hugo: Hola, Juanito...

Juanito: Qué hubo, Hugo.

Hugo: ¿Contraseña?

Se saludan con un pase especial. Mariana llega saltando, corretea a Juanito.

Mariana: ¡Tope!

Juanito: Tramposa, no me avisaste que empezaba el juego... *(Corriendo)* ¡Tope!

Hugo: Mariana la contraseña...

Mariana: *(Inmediatamente a Juanito)* ¡Tope otra vez! ¡Toma!

Hugo: No sean así, no ensucien el pasillo. ¡Aaaj! Llegan todos llenos de barro, permiso, permiso. *(Observa a Abel caminando cabizbajo y con aspecto descuidado)* Abel ¿cómo estás? *(Silencio)* ¡No!, no entres al salón.

Abel: ¿Por qué?

Hugo: Hoy es día de exploradores.

Abel: Ah... qué bueno.

Hugo: ¿Estás bien?

Abel: Sí

Hugo: ¿Te pasó algo? No me digas que todavía no...

Abel: Nada, no me pasó nada.

Desde el camino, Consuelo se acerca con bolsas de comida que carga sobre la espalda.

Niños: ¡Maestra!

Los niños corren hacia Consuelo y le ayudan con algunas bolsas.

Consuelo: ¿Están listos?

Hugo: Sí maestra, ya barrimos el salón, el ratón quedó guardado en la jaula, las colchonetas amanecieron llenas de polvo, pero también las limpié y a alguien se le quedó esta lonchera.

Mariana: Es mía, es mía, gracias.

Consuelo: Muy bien, gracias niños... vámonos o nos coge la tarde para regresar. *(Al ratón)*
¡Adiós, Biscocho!

Los niños suben una montaña detrás de Consuelo, juegan, esculcan en secreto las bolsas de comida, emocionados susurran entre ellos.

Mariana: ¿A qué hora nos comemos la lonchera?

Juanito: A ver... No, espera, todavía no.

Mariana: ¿Por qué tenemos que esperar tanto? Deberíamos comer.

Juanito: Miremos un poquito.

Mariana y Juanito se escoden para fisgonear las bolsas. Abel se detiene, observa a la maestra y a Hugo subiendo la montaña. Mariana y Juanito lo llaman con una señal, mientras saborean comida, pero Abel no se acerca.

Juanito: Uy sí, se ve delicioso.

Mariana: Ese pan con mantequilla huele más rico.

Juanito: Y las papitas...

Mariana: Jmmmm, fritas.

Abel intenta regresar por el camino que va hacia la escuela. Se detiene y respira hondo. Tiembla. Hugo, se acerca de puntitas a Mariana y Juanito.

Hugo: ¡Los atrapé!

Juanito y Mariana: ¡Aaay!

Hugo: ¿Qué están haciendo?

Mariana y Juanito cierran las bolsas y se limpian las manos.

Mariana: Shito, Hugo.

Hugo: Dejen quieto que no sabemos si todo eso es para nosotros.

Juanito: ¿Por qué serás tan lambón, Hugo?

Hugo: ¿Qué dijiste?

Juanito: L a m b ó n.

Mariana: No se peleen que nos devuelven para la casa.

La maestra va hacia ellos.

Consuelo: ¿Qué hacen? Dijimos que no había peleas. Voy a contar cabezas: 1, 2, 3, 4... me falta uno... Abel ¡Abel! ¡Abel! Niños ayuden a buscar a Abel.

Todos buscan a Abel.

Niños: ¡Abel! ¡Abel! ¿Dónde estás?

Hugo: Profe, es que sigue raro.

Consuelo: ¿Cómo, raro?

Niños: ¡Abel! ¡Abel!

Hugo: Pues, así como que no quiere ni bañarse...

Consuelo: Ahorita me cuentas Hugo.

Desde la copa de un árbol se escucha como un hormiguelo el movimiento de las ramas.

Consuelo: Abel, ¡bájate de ese árbol que te vas a aporrear!

Abel hurga con sus dedos el verde frondoso, hasta mostrar su rostro envuelto entre las hojas.

Hugo: Si ve, le dije que sigue raro.

Consuelo: Mi amor bájate de ahí, por favor.

Abel, en silencio, niega con la cabeza.

Hugo: No habla, anda todo sucio y con carita de lágrima.

Juanito: Hugo no seas metiche...

Hugo: Es para que la profe le ayude.

Consuelo: Abel, bájate por favor.

Abel niega con la cabeza y se esconde entre los arbustos. Los niños observan asustados.

Consuelo: Empecemos desde aquí. Juguemos, yo digo un color y ustedes encuentran un objeto de este tono. ¡Azul!

Hugo: El cielo.

Consuelo: ¿Qué objetos azules ves desde allá, Abel?

Abel guarda silencio.

Mariana: Esa mariposa azul, mírenla... *(Todos siguen la mariposa, Abel intenta ver desde el árbol)* Ay, ya se fue.

Juanito: Una cascada.

Hugo: Por aquí no hay cascadas.

Abel: *(Temeroso)* En lo alto de la montaña sí.

Consuelo: ¿Qué dijiste?

Abel: En lo alto de la montaña sí hay.

Juanito: (*Sorprendido*) ¿Abel, fuiste hasta allá?

Abel: mmmm, no.

Hugo: Tú me dijiste que sí.

Abel: (*Bajando la voz y escondiéndose entre las hojas*) Me llevaron unos amigos de mi papá.

Consuelo: (*Interrumpiendo*) ¿No hay más objetos azules?

Mariana: Profe, miré que el otro día vi un gusano azul grandísimo que se metía entre el lodo.

Consuelo: Qué raro...

Mariana: Sí maestra, y medía como metro y medio más o menos.

Abel: Exagerada.

Hugo: Seguro era una serpiente.

Juanito: Tú qué vas a saber de serpientes sí apenas las ves en el libro de ciencias sales corriendo.

Mariana: Uyyy.

Todos ríen menos Hugo. Abel los ve desde arriba, mira hacia la escuela y baja despacio del árbol.

Consuelo: Se llaman Cecilias y son muy difíciles de encontrar, Mariana. Tuviste suerte.

Hugo: La gusana Cecilia

Consuelo: Y no son gusanos, ni serpientes, son anfibios y tienen dientes

Niños: Qué asco...

Consuelo: y esqueleto, aunque se arrastren por el suelo.

Abel intenta alejarse del grupo, Consuelo lo toma del brazo.

Consuelo: Cambiemos de color... ¿Qué ves que sea rojo, Abel?

Abel: No sé.

Hugo: Una rosa.

Mariana: Las pepitas de café.

Juanito: Las manzanas.

Abel: No me gusta el rojo.

Consuelo: ¿Por qué? Es un color bonito.

Abel: Me da miedo, lo salpica todo.

Consuelo se detiene y le acaricia la cabeza a Abel. Suben la montaña.

Consuelo: ¡Amarillo!

Abel: El sol.

Mariana: Las pepitas de café amarillas.

Juanito: Esa florecita amarilla

Consuelo: Se llama Gerbera.

Abel: El maíz

Mariana: ¿Y si ya comemos, maestra?

Juanito: Shiito...

Hugo: La casa del abuelo Manuel es amarilla.

Consuelo: Para allá vamos.

Hugo: ¿Por qué nadie lo visita, maestra?

Consuelo: La gente se inventa cosas, pero él hizo mucho por el pueblo.

Juanito: Mi mamá dice que ayudó a construir la Alcaldía, pero que luego lo vieron con los...

Consuelo: La gente dice tanta tontería. Vamos rápido, más bien.

Mariana: Mire profe, ese pájaro que está en ese árbol es amarillo.

Consuelo: A ver... vamos en silencio para que no se asuste.

Consuelo y los niños se acercan cautelosos al árbol y espían al ave.

Hugo: Shhh.

Todos susurrando.

Mariana: Tiene la colita negra.

Juanito: El pico también.

Consuelo: Así es.

Hugo: Y está como enojado, mírenle la cara...

Consuelo: *(Se ríe)* No está enojado, las plumas negras que le rodean los ojos le dan ese misterio.

Abel: Yo sí creo que está enojado... es más, nos está mirando.

Niños: Ay, noo.

Consuelo: Shhh, es un turpial amarillo.

Hugo: *(Saca un cuaderno de su morral y escribe)* Turpial amarillo, pico negro, plumas amarillas y enojado.

Consuelo: Por allá en esa rama construyó el nido, son muy sobreprotectores y no les gusta que los humanos...

Intempestivamente el ave alza el vuelo.

Hugo y Mariana: Ah, se nos fue.

Abel: *(Tartamudea)* ¡Maestra!

Consuelo vuelve la mirada. Observa a Abel, inmóvil, frente a dos hombres, Bill y Franco.

Consuelo: Abel, ven para acá.

Bill toma a Abel y lo retiene. Franco se acerca a los otros niños.

Franco: Buenos días, profesora.

Consuelo: (A Bill) No toque al niño.

Bill: En mis tiempos usted saludaba.

Consuelo: Buenos días, señores. Estamos de caminata.

Bill: Eso veo ¿Qué me la trae por acá?

Consuelo: Es la clase de ciencias.

Franco les quita las bolsas de comida a los niños. Hugo, Juanito y Mariana inmóviles agachan la mirada.

Franco: ¿Qué es lo que tanto traen ahí? Dejen ver... (Consuelo intenta acercarse a Abel) Quieta... (Observando las bolsas) Esto es mucha comida ¿No le parece?

Consuelo: No es mucha, es la comida de los niños.

Bill: (Inspeccionando a Abel) No creo que estos niños coman tanto.

Franco esparce comida en el suelo, toma algo más de los paquetes y se llena la boca.

Consuelo: ¿Y qué esperaban? Lo que comen aquí les sirve pa' el almuerzo y la cena y ustedes lo saben.

Bill: Claro, tan jodido que ha estado siempre este pueblo ¿No?

Consuelo: y ustedes matándose entre matorrales.

Bill se agacha a la altura de Abel, le revisa el rostro, el torso, las manos.

Bill: Se ve que usted va a ser fuerte...

Consuelo: No se meta con el niño.

Consuelo corre hacia Abel, Franco la detiene.

Franco: ¿Está segura que esas provisiones son para los niños?

Consuelo: No son provisiones, es mercado.

Bill: No se altere y responda.

Consuelo: Que sí, ya saben que siempre cargo la merienda de los niños.

Franco: Y yo siempre la veo merodeando por aquí.

Consuelo empuja a Franco y corre hacia Abel. De un tirón hala al niño y lo pone a sus espaldas. Bill saca un arma y le apunta. Los niños gritan y luego hacen silencio.

Consuelo: Me matan, pero no se llevan un solo niño.

Bill: Pobres niños, se les va a ir la maestra.

Consuelo: Su abuelita estuviera viva se volvería a morir de verlo así.

Franco: *(riendo)* Qué buen apunte, maestra.

Bill: Hágase la chistosa.

Consuelo: Puedo con los dos, yo no les tengo miedo.

Bill y Franco se acercan a la maestra. Consuelo empuja a Abel hacia atrás y con la mirada le muestra el árbol.

Franco: No haga sufrir a la abuela, mano.

Bill: Cállese.

Franco: ¡Qué tal venga y le jale las patas!

Bill: Deje a mi abuela en paz.

Franco: ¿Le dolió, hombre?

Bill: ¡Qué va! *(Baja el arma, a Consuelo)*. Mire, de verdad no quisiéramos verla tan seguido por aquí, Miss.

Consuelo: Estas montañas no son tuyas.

Franco: Nosotros administramos la zona.

Bill: Sabemos que la chusma y ustedes suelen llevarse muy bien.

Consuelo: ¡Qué pesar en lo que terminó, Bill!

Bill: Siempre tan metida, maestra, pero cuando se la necesita no sirve para nada.

Tumba a Consuelo.

Hugo: *(Gritando)* ¡Maestra!

Los hombres ven a los niños subidos en el árbol.

Franco: Qué niñitos tan cobardes y eso que la quieren, maestra...

Consuelo: Quietos niños.

Franco rodea a Consuelo, Bill se acerca lentamente a los niños.

Bill: No queremos verla dejándole provisiones a ese viejo, que luego se las lleva al chusmerío ese... ¿Entendió?

Consuelo: *(Doblegada)* Yo solo vine de caminata...

Franco: ¿Que si entendió?

Consuelo: Sí.

Bill observa en detalle a cada niño y se detiene en Abel.

Bill: *(A Abel)* Usted, niño, ya no espere más a su papá.

Hugo: Tapate los oídos, Abel.

Bill: Debería venir con nosotros ¿o quiere terminar como él?

Hugo: No digas nada, Abel.

Bill: *(Despidiéndose)* Pórtense bien.

Franco le extiende la mano para levantar a la maestra, Consuelo se niega.

Franco: Espero que haya aprendido la lección... señorita.

Bill: Vamos a estar muy pendientes de usted, miss.

Los hombres se van. Los niños bajan del árbol y corren hacia la maestra y la abrazan.

Consuelo: Perdón, qué hice, Dios, perdón.

Hugo: Respire, respire, míreme, respire.

Consuelo abraza a Abel.

Consuelo: Perdóname, Abel, no debí exponerlos así, soy una tonta.

Abel: Nos tumbaron la puerta y se lo llevaron.

Consuelo: Lo sé, lo sé y lo siento mucho. No es justo... *(Se pone de pie)* Qué estoy haciendo, por Dios.

Mariana: Tranquila maestra, ya se fueron.

Hugo: Seguro todo va a estar bien

Consuelo: Caminen, vámonos, vámonos para el salón.

Los niños recogen la comida, la maestra y los niños bajan de la montaña en silencio.

6. Escena 5. Consuelo en la carretera

Penumbra. Consuelo camina por una estrecha carretera, iluminada por luces titilantes que el pueblo enciende tras ella. Gloria y Hugo la siguen.

Consuelo: Jacobo, salga mijo... salga mi amor de esta carretera.

Gloria: Consuelo por aquí ya está muy oscuro.

Consuelo: Yo sí veo... *(Gritando)* ¡Jacobo!

Hugo: ¡Jacobo!

Gloria: *(A Hugo)* Shhh, quita, Hugo. *(A Consuelo)* Regresémonos para el pueblo.

Hugo aumenta sus pequeños pasos detrás de la maestra, suspira hondo y tiembla.

Hugo: ¡Ja...Jacobo!

Gloria: Hugo te dije que te quedarás en el parque. *(A Consuelo)* Mija, por favor, ya nos cogió la noche, regresemos.

Consuelo: No, regrese usted Gloria y tú también Hugo.

Hugo: *(Temblando)* No maestra, tranquila yo la acompaño.

Hugo delante de la maestra procura alumbrar el camino con su pequeña linterna.

Gloria: Hazte aquí al lado mío.

Hugo ignora a Gloria.

Consuelo: *(Gritando)* ¡Jacobo! Responde hijo, ¿Dónde estás?

Gloria: Mire que a esta hora la carretera se pone fea.

Consuelo: Hijito mío dónde estás... dame una señal, algo.

Consuelo se arrodilla y Gloria procura calmarla. Hugo escucha movimientos entre los arbustos, pisadas rápidas que desaparecen y, de un salto inesperado, percibe al otro lado del camino. Acorralado de miedo, suspira y enfoca con su linterna esperando descubrir de qué o de quién se trata.

Hugo: ¡Ahí están!

Gloria: Quieto, Hugo.

Hugo: Nos están mirando.

Gloria: ¿No te das cuenta cómo está Consuelo? No molestes.

Hugo: Perdón. Maestra, volvamos mañana en la mañana y lo buscamos. ¿Sí?

Gloria: Mija, regrese, coma algo y se abriga un poco. Mírese, está toda helada.

Consuelo: *(Se levanta y sigue caminando)* No me importa.

Gloria: No sea necia.

Consuelo: Yo quiero sentir el frío que siente mi hijo, el hambre, el miedo.

Gloria: Yo la entiendo, pero no le sirve de nada ponerse así.

Consuelo: Usted no entiende.

Gloria: Todos hemos perdido algo en este pueblo.

Consuelo: Es mi hijo, es mi niño el que está perdido.

Hugo respira con fuerza. Una vez más, siente ágiles pisadas al filo de la carretera. El pueblo que seguía a la maestra se dispersa y sus luces se van apagando.

Gloria: Discúlpeme Consuelo, no quiero que usted se ponga en riesgo.

Hugo: Nos están dejando. Maestra, si a usted le pasa algo yo no podré volver a la escuela.

Gloria: Hugo no te metas... Vamos, mija.

Consuelo: Regrésense y déjenme buscarlo.

Gloria: ¿Cómo se le ocurre que la vamos a dejar aquí tirada?

Consuelo: Yo no les estoy pidiendo que me acompañen.

Gloria: Vea, le prometo que mañana salimos con todo el pueblo si es necesario y nos traemos a la policía.

Consuelo: ¿No se da cuenta lo que me están haciendo? Es mi culpa, yo sé que es mi culpa, si no los hubiera enfrentado no me habrían hecho esto.

Gloria No se castigue más.

Consuelo: Pero yo sé que mi hijo está vivo. *(Gritando)* ¡Jacobito, hijo!

Hugo cree escuchar unas voces, gira y gira con su linterna.

Gloria: Ya no más Consuelo, su hijo no debe estar por aquí ¿Usted cree que esa gente lo dejó botado tan cerca...?

Consuelo: No se atreva a decir nada más sobre mi hijo.

Hugo: *(Mareado)* Maestra...

Las últimas luces del pueblo se difuminan.

Gloria: Y usted como siempre poniéndonos a todos en peligro.

Hugo: Si usted no regresa yo...

Hugo se tapa los ojos y se frota la cabeza.

Gloria: Si usted no regresa todos los demás se van, los profesores, la enfermera. El alcalde no ha regresado hace semanas...

Consuelo: Déjenme tranquila.

Gloria: Y definitivamente nadie va a proteger a nadie.

Consuelo se aleja.

Hugo: ¡Maestra! Por favor, no se vaya.

Gloria: Por eso le dije que se quedará callada... *(Corre tras ella)* Por favor, discúlpeme.

Consuelo: Tú no debes estar muerto, no puedes estar muerto.

Una gran luz ilumina de frente a la carretera y atraviesa a Gloria, quien ve a lo lejos paralizada. Hugo, suelta su linterna y se lanza entre matorrales. Consuelo, permanece de rodillas ensimismada.

7. Escena 6. El océano

Una carretera cubierta por niebla lúgubre y pesada. Alma enciende los focos de su automóvil, los limpiavidrios se agitan de un lado a otro y ella intenta descifrar en qué lugar se encuentra.

Alma: ¡Mierda! Me perdí, definitivamente me perdí.

Abre la ventanilla, manotea intentando apartar la niebla de su vista. Da un golpe al volante y se frota el rostro.

Alma: Respira, cálmate, detenerse ayuda a que las ideas fluyan. Deja que el pensamiento aclare.

Alma respira hondo, cierra los ojos y, ante el silencio del afuera, susurra y progresivamente alza la voz.

Alma: Una lagrima, una maldita lagrima aparece y yo, aquí, sentada. Parece que nada me toca, no tengo una razón concreta para estar así, pero algo aquí me duele. ¿Y si espero que amanezca, me voy a la playa y dejo de joder? Me pongo el vestido de baño de tiritas y me pido una piña colada, o algo así, mientras un niño de 8 años camina en la arena de arriba abajo vendiendo cocadas y mango biche; y su madre me ofrece un trenzado para el pelo... No, no es eso lo que quiero. *(Enciende bruscamente el auto, éste se apaga)*. Está donde esté, lo único que se me antoja es llorar, como si alguien estuviera persiguiéndome con su tristeza para que yo lo vea.

Alma se cubre el rostro. Se escucha el ondear de las olas y la corriente se abre paso entre las piedras del rompeolas. Las gaviotas entonan su canto y el claro de luna se refleja, dejando ver a Jacobo flotando en el océano.

Jacobo: *(Sonriente, susurrando o cantando)*

Hablo del dolor y la vida.
Hablo del llanto escondido entre las olas del mar,
de los lanzados al océano y también del abrazo que escuda.
Hablo a mi madre, aunque ella no me toque.
Yo también seré tierra sepultada.

Alma escucha el último verso de Jacobo y abre los ojos en sobresalto. La niebla vuelve a cubrirlo todo.

Alma: Ahí está, lo que no puedo saber es si estoy luchando contra los vivos o los muertos.
(Intenta encender el auto, éste se apaga otra vez) No, mierda, yo no me voy a quedar...
Otra vez esa lagrimita insistente, esa lluvia de desesperanza acumulada. Yo no quiero ver.

Aprieta el acelerador.

Alma: Enciende, enciende... *(El aparato no suena más)* ¡Mierda!

Jacobo empapado de gotas de mar y de arena se acerca a Alma.

Jacobo: ¡Por fin alguien!

Alma: ¡No me asuste! ¿Quién es usted?

Jacobo: Disculpe, también está perdida ¿Cierto?

Alma: Llevo horas buscando camino y mire, este aparato no prendió más.

Jacobo: Déjeme ver...

Alma: Gracias.

Alma se baja del auto y le cede el paso a Jacobo, quien intenta encender el motor, luego abre el capó y revisa en detalle.

Alma: ¿Tiene idea de dónde estamos?

Jacobo: Una playa.

Alma: ¿Una playa? Yo estaba pensando en una playa.

Jacobo: Vaya, qué casualidad...

Alma: Es raro.

Jacobo: Pero no me pregunte qué playa porque no tengo idea.

Alma: ¿Y cómo llegó hasta aquí?

Jacobo: No lo sé...

Alma: ¿De verdad no sabe?

Jacobo: No, o me caí o alguien me dio algo raro de tomar porque no recuerdo nada.

Alma: Qué tristeza.

Jacobo: Esto no enciende.

Alma: Es obvio.

Jacobo: *(Después de revisar el capó)* Habrá que esperar. Yo creo que está por amanecer.
¿Tiene un poco de agua?

Alma: Creo que quedaba algo por aquí.

Alma busca en el auto y le entrega una pequeña botella de agua.

Jacobo: No, no podemos usarla para el carro. Quien sabe en cuánto encontremos una tienda. Disculpe, *(Bebe un poco de agua)*, me salvó la vida.

Alma: Seguro. Es muy raro que no recuerde cómo llegó aquí ¿Algún malestar o sensación extraña?

Jacobo: He caminado mucho, pero no me duelen los pies. No estoy cansado y no tengo un dolor raro en el pecho.

Alma: Déjeme ver.

Jacobo y alma se sientan sobre la arena. Alma revisa los pies y el pecho a Jacobo.

Alma: Y si presiono aquí ¿Le duele?

Jacobo: Nada.

Alma: Se ve que usted es fuerte.

Jacobo: Muy extraño.

Alma: ¿Por qué? ¿Es más bien débil?

Jacobo: *(Riendo)* No me refería a eso. Algo me dice que llevo mucho tiempo así, debería estar agotado, pero no... Además, me veo aquí y luego pego el salto a otro lado, solo que no recuerdo el trayecto...

Alma: Yo creo que sí se dio duro, pero afortunadamente no tuvo heridas fuertes.

Jacobo: Gracias a la vida.

Amanece y la playa sobresale. Las gaviotas que cantan, las olas que chocan entre sí y delinean surcos sobre la arena deslumbran a Alma.

Alma: Es hermoso aquí.

Jacobo: Es cierto... lo bueno es que la encontré. No quiero molestarla, pero me parece mejor dos personas perdidas a una.

Alma: Seguro... creo que ya podríamos revisar otra vez el auto.

8. Escena 7. Entrevista a Hugo

Hugo aparece dando giros y giros hasta toparse con las patas de un pupitre gigante. Se limpia el cuerpo de hierba y tierra seca. Trepando se sube y se sienta en el pupitre.

Hugo: ¡Buenas!... Sí señor, Hugo con H. ¿Mande?, emmm, bueno. A ver ¿cómo le cuento?... Bueno, son monstruos, son unos monstruos gigantes que nos obligan a crear agujeros entre el salón, túneles. Por esos túneles pasamos por el grado quinto, ¡Arrastrándonos por el suelo! Y, luego, llegamos hasta el grado primero y ahí los profes nos llevan colchones y atunes.

Los profes nos prohibieron mirarlos, pero yo una vez no hice caso. Tienen los ojos encendidos como fogatas que dejan a todos boca abiertos. Cuando los vi no estaba en el colegio, estaba en el parque y todo el mundo se escondió. Yo estaba debajo de una silla donde se sientan los abuelos a jugar cartas o los otros niños a comer helado.

Cuando atrapan a alguien queda congelado en la mitad de la plaza y nadie lo puede tocar hasta que los monstruos se vayan a sus cuevas. A veces esos monstruos se sientan en la tienda y bailan borrachos. Mientras bailan todos los demás shhhh, hacen silencio. Ellos bailan y los demás, silencio. Eso dura hasta que les da por jugar a las espadas con las botellas de cerveza y queda todo desparramado. ¿Y a quién le toca Limpiar? Pues a Doña Cecilia, la de la tienda. Si ellos están, y a mí me toca pasar por ahí, yo jamás los veo a los ojos ¡Que tal me coman, o peor, me roben el alma!

La maestra Consuelo me enseñó que el alma es algo mmm subríme... sublime. Sublime significa que es muy, muy bonito y que está tan lejos y es tan grande que no cabe entre nosotros los humanos, los que andamos por acá abajo en la tierra. Entonces, el alma es como las nubes o como el sol. Todo eso me lo enseñó la maestra... ella que es más inteligente que todos, aunque... le voy a confesar, tenía un problemita. Mi mamá decía que era muy gritona, gritona por aquí, gritona por allá diciendo lo que pensaba. En la calle, en

el colegio, en el parque, en las reuniones de los padres. Eso mismo le enseñó a Jacobo... Yo quería ser como Jacobo, pero no perderme, nunca perderme... Bueno, muchas gracias, hasta luego.

Hugo se desliza del pupitre, sale arrastrándose por el suelo.

9. Escena 8. Mar y piel

Amanecer en una playa despoblada. El azul del cielo se mezcla con la profundidad del mar. Jacobo, bañado en arena blanquecina, contempla el paisaje desde el barandal de una casita de madera. Consuelo, lo observa y se acerca a él.

Consuelo: *(A público)* Mi hijo, con su torso desnudo, observa el horizonte apoyado en el barandal de una casita de madera a la orilla del mar. Es un amanecer iluminado y silencioso lejos de casa. Mis manos se acercan a su cuerpo. Delineo los huesitos de su espalda con mis dedos y toco, hasta evaporar, las gólicas de agua de mar impregnadas en su piel. Es el último día que estaremos juntos.

Jacobo: Mamá, no te preocupes. Coge camino, tranquila, y yo, en unos días, estaré de regreso al pueblo.

Consuelo: Vamos, mijo, Panzas nos está esperando.

Jacobo: Ese gato gordo debe estar feliz haciendo daños en toda la casa.

Consuelo: Ya estuvimos suficiente aquí.

Jacobo: Deberías confiar un poco.

Consuelo: No me estás entendiendo, no lo digo por ti.

Jacobo: Mamita, no empieces otra vez. Ya es momento de que me dejes solo...

Consuelo: No es tan sencillo...

Jacobo: Es simple. Confía en tu hijo y estaré de vuelta esperándote a la entrada de la escuela, como siempre.

Consuelo: Algo no me gusta, siento algo extraño en mi corazón.

Jacobo: Siempre te pasa, siempre queriendo cuidarme de más. Aprovecha que los niños de la escuela te esperan, yo llego en el bus de la madrugada.

Consuelo: Siento que nos vigilan.

Jacobo: ¿Qué? No, mamá, estamos bien lejos de esa gente.

Consuelo: No hay distancia que esa gente no pueda cruzar.

Jacobo: Mira a tu alrededor. Aquí solo hay personas de paso, como tú y yo. ¡Disfruta el paraíso en el que estamos! Más bien, relájate y vamos a nadar.

Consuelo: No, ya me voy, si quieres quedarte está bien, pero cuídate.

Jacobo se baja del barandal y corre hacia el mar. Consuelo toma una maleta y, no muy convencida, alista algunas cosas.

Consuelo: *(Alza la voz)* Escúchame un momento, Jacobo...

Jacobo regresa.

Jacobo: La libertad es una lucha constante y lo sabes, madre.

Consuelo: ¿Recuerdas el caserío en el que paramos durante el camino? *(Jacobo asiente)* Mientras tú bajaste del carro, un hombre de muletas empezó a rodear la camioneta muy de cerca. En una de las esquinas, estaban varios hombres y uno de ellos le indicó algo con la mirada a este tipo.

Jacobo: ¿Cómo puedes estar segura?

Consuelo: No lo estoy. Es lo que creo... es lo que vi. Nos examinaba a todos, de arriba abajo y se detuvo, particularmente, en mi ventana. No dejó de verme por, no sé, unos 5 minutos, hasta que volviste. Apenas te acercaste, el de muletas dio la vuelta y los otros hombres habían desaparecido.

Jacobo: Quizás tengas razón, hay lugares en este país donde los extraños no pueden ni acercarse, pero esta playa no es el caso.

Consuelo: Solo quiero que entiendas, yo no soy una madre que no sabe soltar a su hijo cuando pide libertad, pero no puedo sacarme de la cabeza que ellos prometieron no dejar pasar lo que hice...

Jacobo abraza a su madre

Jacobo: Ya no te culpes más, haces lo que es justo.

Consuelo: *(A sí misma)* Es un recuerdo, solo un recuerdo. Nada más que la nostalgia queriendo revertirlo todo. Ojalá te quedarás un poco más, abrazándome.

Jacobo: Todo va a estar bien... si no me hago camino, estaré detrás de ti como un polluelo que no sabe alimentarse solo.

Se despiden.

Consuelo: Yo agoté la fuerza en mi camino, que nadie te arranque a la mitad de tus días. Cuídate, hijo.

Jacobo corre hacia el mar. Consuelo lo contempla como un bello paisaje, dentro de ese paisaje. Toma su maleta y sale. Anochece. Música tropical y luces de colores se apoderan de la tranquilidad del mar. Jacobo, extasiado, corre y baila en la playa. Dos hombres toman cerveza y lo vigilan.

Jacobo: Corro. Me alejo de la multitud riendo. Me abalanzo a la arena y afuera sandalias. Dejo que los dedos de mis pies se hundan en la arena. Es caliente y suave. Entierro las manos y palpo hasta encontrar algunas conchas enterradas y abandonadas por las olas. Me acerco a la orilla. Las olas más pequeñas hacen cosquillas a mis pies. Solo las estrellas y un faro lejano, ilumina esta inmensidad del océano.

Los hombres se acercan.

Hombres: ¡Ey, hermano! ¿Quiere tomarse una con nosotros?

Jacobo: Gracias, así estoy bien.

Los hombres asienten y se alejan, sin perderlo de vista.

Hombres: ¡Jacobo

10. Escena 9. Desde las ventanas

Una calle principal del pueblo sin la algarabía habitual. El sol se apacigua con el atardecer y Hugo aparece detrás de la ventana de una casa, visiblemente aburrido. Abre la ventana y desgonza sus brazos y rostro en el borde hacia la calle. Bosteza, suspira, observa de un lado a otro y, súbitamente, se agacha y saca un vaso de lata vieja que pone delante de su boca, intercalándola en sus orejas.

Hugo: Psss, pssss, llamando desde la guarida de Hugo al escondite de Mariana, cambio... Repito, llamando desde el nivel central de Hugo hacia ubicación de Mariana. Cambio. ¿Aló? ¿Aló? ¿Me reciben? Llamando desde la casa de Hugo, hasta la casa de Mariana. Por aquí todo igual... aburrido. Cambio.

Hugo se rinde y vuelve a recostarse sobre la ventana. Una vocecita se escucha imprecisa y Hugo, toma rápidamente el vaso de lata.

Hugo: ¿Están ahí? ¿Están ahí? Cambio.

Mariana y Juanito aparecen detrás de la ventana de otra casa. Se esconden, con cautela observan hacia la calle, se ríen nerviosamente, abren la ventana y Mariana saca un vaso de lata vieja que pone delante de su boca e intercala en sus orejas.

Mariana: Aquí estamos, cambio.

Hugo, emocionado, saluda desde su ventana a Mariana y Juanito.

Hugo: ¿Qué hace Juanito allá? Cambio.

Mariana le entrega el vaso de lata a Juanito. Se turnan para hablar.

Juanito: Es que mi mamá no ha llegado y me dejaron encargado acá.

Mariana: Cambio.

Juanito: Cambio.

Hugo: ¿A dónde se fue?... cambio.

Juanito: Para la ciudad con unas vecinas, a ver si nos ayudan “las autoridades buenas”, como dice mi mamá, con esos otros señores.

Hugo: Aah... yo no creo que vengan.

Mariana: Estoy de acuerdo. Cambio...

Hugo: Bueno, por lo menos ustedes juegan juntos, eso es bueno, yo nada...

Mariana: Pues sí, aunque Juanito no sabe perder.

Juanito: Y Mariana es una tramposa.

Mariana: Yo siempre gano. Cambio.

Hugo: Aunque... ¿Quieren que les confiese algo?

Mariana: ¿Qué pasó? Cambio.

Hugo: Yo me traje a Panzas.

Juanito: ¿Panzas? ¿Quién es ese?

Hugo: El gato de la maestra.

Mariana: Hugo, te lo robaste.

Hugo: No, lo rescaté. El pobre Panzas estaba seco de tanto esperar. Escuchen.
¡Panzas! ¡Pancitas! *(Se escucha el maullar del gato)* ¿Vamos a buscar a la maestra?
(Panzas maúlla) ...

Mariana: Pobrecito.

Hugo: Oigan ¿Y si la próxima vez les decimos que nos lleven y le pedimos a las tales autoridades que busquen a la maestra? ...

Juanito: No, Hugo, no nos dejan.

Hugo: Pero podemos intentarlo.

Mariana: Imposible, nos van a dejar aquí escondidos, como siempre.

Hugo: Les pedimos permiso...

Juanito: Yo no voy a hacer que me regañen.

Hugo: Nos portamos bien, vamos en silencio y ya está...

Juanito: La maestra no va a volver...

Hugo: ¡No digas eso!

Mariana: Es verdad, no va a volver.

Hugo: Shito, ¿Es que acaso ustedes no extrañan a la maestra Consuelo?

Panzas maúlla.

Juanito y Mariana: Un poquito.

Hugo: ¿Entonces?

Mariana: Hugo, acéptalo, tenemos que esperar a otra profesora.

Hugo: ¡No nos van a mandar a nadie!... (*Silencio*) La próxima vez vamos con tu mamá, Juanito... Llegamos a la ciudad y... tú vas por un lado, yo me voy por el otro... puedes ir con Mariana, si quieres. Es más, podemos llevar una foto de la maestra... Sí, yo tengo una en mi álbum del año pasado. Mariana puede llevar un cartelito y preguntamos a todas las personas ¡Alguna pista tenemos que encontrar!

Juanito: Y luego, nos perdemos nosotros.

Hugo: O, tal vez, Jacobo esté con ella. Les decimos que estamos pidiendo ayuda para que regresen al pueblo...

Mariana: Shhh, espera.

Juanito: Viene alguien.

Hugo: Si lo logramos, vuelven a abrir la escuela y yo ya no me voy a quedar tonto, ni ustedes...

Mariana: Cállate, Hugo, cambio y fuera.

Mariana, Juanito y Hugo se esconden tras sus ventanas. Abel, camina lentamente en medio de la calle, se detiene, mira a cada lado y se sienta en el andén. Hugo, asomándose ligeramente en la ventana, le hace señas.

Hugo: ¡Abel! ¿Qué haces ahí?

Abel evade la mirada de Hugo.

Abel: No preguntes.

Hugo: ¡Es peligroso!

Abel: Lo sé.

Hugo: Espérame, te voy abrir rápido la puerta.

Abel: No, Hugo, quédate quieto.

Hugo: Tranquilo, ya voy, puedes quedarte aquí y de paso te presento a Panzas.

Abel: No seas chismoso Hugo... No salgas, te lo digo enserio.

Hugo, a punto de salir, escucha unas motocicletas acercarse y regresa a su ventana. Bill y Franco se estacionan al lado de Abel. El niño los mira, se levanta, toma de la mano a Bill y se sienta en la motocicleta. Abel observa a Hugo y niega con la cabeza. Los hombres arrancan. Hugo, triste, cierra la cortina de su ventana.

11. Escena 10. El bosque

Chicharras y luciérnagas acompañan el caminar y el silencio de Jacobo y Alma. Las hojas de los árboles se balancean y un olor repentino a eucalipto cautiva a Jacobo por unos segundos. Cierra los ojos para guardar el olor en su memoria y se mueve para no perder la sensación que atravesó su cuerpo. Escribe sobre la hierba.

Jacobo: Sentí. Fue tan pasajero.

Alma, con una cámara colgada en el cuello, busca entre los árboles a un búho que ulula inquietando la noche.

Alma: Está cerca. Siempre he querido capturar la mirada de un búho en una fotografía. Son fascinantes. ¿No le parece? Esos ojos, expresivamente humanos, ese misterio y esa convicción de no necesitar más que la noche. Dignos representantes de la soberbia refinada. ¿Y qué me dice del canto?

Jacobo: ¿Es un canto o un gemido?

Alma: Es su voz que no le teme a la oscuridad.

Jacobo: Es el pájaro de los muertos.

Alma: No sea supersticioso. Debería ser más sensible al apreciar la naturaleza.

Jacobo: Dejar de oír su llanto es signo de tristeza, dice mi madre...

Alma: Eso es lindo. Espere ¿Lo ve?

Jacobo: No.

Un ventarrón sacude los árboles, Alma recorre el bosque intentando sostenerse en pie, mientras persigue al Búho para tomarle una foto. Jacobo se recuesta sobre el tronco de un árbol y se toquetea el cuerpo con fuerza.

Alma: ¡Qué helaje!... Mire, creo que lo capturé.

Se acerca a Jacobo y le muestra la cámara, Jacobo la interrumpe.

Jacobo: Alma, sentí por un momento. Sentí el olor a Eucalipto que se quedó en mí por un segundo, pero se fue y, otra vez, nada. Ni el frío.

Alma se acerca a Jacobo para abrigarse.

Alma: Sea paciente, todo pasará y encontraremos algún pueblo.

Jacobo: Fui un imbécil, no debimos abandonar el carro.

Alma: En eso estoy de acuerdo, pero ya no hay nada que hacer. Mejor, míreme.

Se levanta, enfoca su cámara y le toma una foto a Jacobo. El búho ulula, vuela y se detiene justo al lado de Jacobo y Alma.

Alma: No lo puedo creer, no lo puedo creer (*Toma la foto, el búho sigue su vuelo*). Creo que lo logré, mire... Se apagó, quería que lo viera, fue una captura perfecta... Definitivamente se apagó, ojalá encontremos una vereda pronto para cargar este aparato.

Jacobo: Me parezco al pelícano del desierto, soy como la lechuza de las ruinas. Paso en vela gimiendo como un pájaro solo en un tejado¹.

Alma: ¿Se escuchó? Sí siente, está triste. En estas circunstancias eso es un avance, ¿no?

Jacobo:(*Riendo*) Es un Salmo. La Oración de un afligido. Me lo decía mi madre cuando todavía creía en religiones...

Alma: Se ve que es una mujer inteligente.

Jacobo: Inconforme con lo que parece obligatorio. En la escuela la quieren mucho

Alma: ¡Ah! ¡Es maestra!

Jacobo: *(Suspira)* Así es.

Alma: Si ve, ya está mejor, la extraña. Qué tal después se enamore en el camino y no quiera regresar.

Jacobo: Necesito volver para que sepa que estoy bien, no voy a quedarme con mi madre toda la vida *(Una densa niebla cubre lentamente el bosque)*. Si dios existiera debería anidar los lugares más oscuros, las tinieblas, así de verdad rehuiría la muerte de los arrepentidos... Pero estamos solos.

Alma: Yo no me arrepiento de nada.

Jacobo: Yo ni siquiera entiendo de qué estoy arrepentido.

Jacobo se levanta dispuesto a seguir camino.

Alma: Un momento, esto volvió a encender. *(Mirando la cámara)* ¿Qué? No entiendo ¿Cómo pasa esto?... Jacobo, mire. *(Jacobo se acerca)* Usted no aparece.

Las nubes cubren la luna y las estrellas. A oscuras, Alma se ríe intempestivamente.

12. Escena 11. Peregrinación

Hojas marrones y anaranjadas caen de los árboles con la brisa y una pequeña llovizna empieza a acrecentar. Consuelo duerme, encerrada en la estrecha jaula de pájaro. Su cuerpo tiembla. Abre los ojos y se limpia el rostro. Al levantarse, descubre, del otro lado, un camino de piedra en el que se ve a sí misma peregrinando hasta llegar a lo profundo de una montaña, que esconde una iglesia humilde y pequeña.

En la entrada del santuario, Consuelo se arrodilla y deja ver sus pies llenos de barro y sangre. Baja el rostro con vergüenza y se persigna, besándose las manos al finalizar la señal de la cruz. Lleva unos claveles blancos.

Consuelo: *(Desde la Jaula) ¿Dónde estoy? ¿Cuánto tiempo llevamos así? Mira tus pies...*

Al entrar a la iglesia, Consuelo vislumbra que la estatua del divino niño está cercada por una reja de metal. Acelera sus pasos dispuesta a tocarle los pies, pero sus manos no alcanzan. Se arrodilla.

Consuelo: *(En la iglesia) Te traigo estos claveles para limpiar mi alma de todo pecado y pedirte perdón... Niñito Dios, dame la luz para entender, escucha mi plegaria y que mi llanto llegue a ti. No me escondas tu cara en el día de mi desgracia, vuelve tus oídos hacia mí el día que te invoco¹... Responde.*

Consuelo, levanta la mirada, suplica al monumento esperando alguna respuesta y dispone una cruz de flores en ofrenda. En la jaula, la maestra danza un escape inútil y con desconcierto ve su propio desconsuelo.

Consuelo: *(En la jaula) La oración del afligido. Cuando Jacobo y yo la leíamos, decíamos que tanto dolor solo puede leerse como un poema, fascinados de ese pesar y ahora tan nuestro... Pero mis días no se esfuman y mi corazón no puede secarse ¡Consuelo!... Esa oración. Todos tus hijos vivirán en la tierra...*

Consuelo mira al niño Dios, como si de sus labios sellados emergiera alguna palabra. Reza. El leitmotiv de las plegarias se suma al sonido del teléfono que reitera, pero que Consuelo ya no escucha. Dos mujeres, Margaret y Rita, se acercan con velones, panes y frutas hacia la ofrenda de Consuelo. Ella las ve llegar y pone su frente sobre el suelo.

Margaret: Mija, levante la mirada, no sienta vergüenza.

Rita y Margaret se arrodillan junto a Consuelo y se disponen ante el monumento.

Rita: Nos entregamos a ti ¡Niñito omnipotente!...

Consuelo: Seguras de que no quedará frustrada nuestra esperanza.

Margaret: Así es.

Rita y Margaret se persignan, extienden los velones, panes y frutos alrededor de la ofrenda. Rezan en silencio. Desde la Jaula, Consuelo observa sosteniendo con fuerza las barandas. Después de sus plegarias, encienden algunos velones.

Rita: ¿Por quién viene?

Consuelo: Por mi hijo.

Margaret: ¿Está enfermo?

Consuelo: Me lo desaparecieron... Esa gente fue demasiado lejos y nadie hizo nada.

Margaret: El horror marcha en manada y la gente tiene miedo.

Rita: *(Encendiendo un velón frente a Consuelo)* Y en estos tiempos, el miedo es una llama de supervivencia.

Consuelo: Pero yo no puedo quedarme así.

Margaret: ¿Tiene alguna señal? ¿Una pista?

Consuelo: Un sueño...

Rita: ¿Y qué ve?

Desde la Jaula, Consuelo se escucha a sí misma, sorprendida.

Consuelo: Me veo en un cuarto oscuro, iluminado solo por una luz diminuta que cae desde un orificio del tejado y llega, como un hilo dorado, hasta un cofre cristalino que guarda el corazón de mi hijo, que palpita y sangra, dejando caer sus gotas sobre una bandeja de plata. Su corazón expuesto late, pero yo no puedo ver el lugar, el camino. De repente, se forma un abismo, su corazón cae y todo se oscurece.

Consuelo observa la llama del velón.

Rita: Es el amor iluminándola ¿No le parece?

Consuelo: Este amor es triste, oscuro.

Margaret: No lo puede ser, su hijo le habla en el único lugar donde la realidad y el deseo se encuentran...

Rita: Los sueños. Los dos desean encontrarse, y usted desea descansar ¿Verdad?

Consuelo: No me lo permito. No quiero que sus huellas se borren, no me lo perdonaría.

Margaret: No es su culpa.

Consuelo: Pero si no lo busco yo ¿Quién más?

Rita: Nosotras.

Consuelo: ¿Por qué?

Rita: Porque en ese abismo en el que cae el corazón de su hijo, también pueden estar los nuestros.

Consuelo: Disculpen, yo ni siquiera me pregunté por ustedes, por sus plegarias...

Margaret: Tranquila, ya pasamos por eso. Cuando el pesar es profundo, no se reconoce nada más; sin embargo, en algún momento hay que hacerlo, hay que salir de él. Y también, hay que levantarse y encontrar esos abismos.

Rita: Pero no ahora mismo, es obligatorio esperar.

Consuelo: Esperar también duele...

Rita: *(Señalando la sombra de las velas)* ¿Ve ese reflejo que se expande entre las sombras?

Consuelo: Sí...

Rita: Son muchas madres, hombres, mujeres, todos sacando la amnesia de los escombros.

Consuelo: Somos tantos viviendo esto... quizás podamos...

Margaret: Sí. Cuando esos pajarracos que vigilan desde el cielo caigan. ¡Porque todo se les va a caer! Y ese veneno que lanzan de sus bocas, será la huella que los traicione. Ya no llore más, hija.

Rita: A ellos les sirve que el dolor la consuma.

Consuelo: Es cierto, ya no más... ya no lloro más. *(Consuelo se levanta)*. Gracias.

Por un momento, Consuelo en la iglesia y Consuelo en la Jaula, se observan, se reconocen. Rita y Margaret toman de su ofrenda pan y uvas y se lo ofrecen a Consuelo. Alrededor de la jaula, ya no llueve. El rezo y el teléfono se detienen. Entre un silencio, el rayo de sol anuncia el amanecer.

Consuelo: *(En la Jaula)* El teléfono suena, pero ya no me desmayo.

Consuelo, Rita y Margaret se persignan y salen juntas. La Jaula se abre, Consuelo se libera y camina detrás de las mujeres.

13. Escena 12. Deje de hacerme cosquillas

Un punto desconocido e impreciso en el que apenas se siente la lluvia caer. Alma y Jacobo están sentados, dándose la espalda. Alma ríe.

Alma: ¡No me haga cosquillas!

Jacobo: Que no soy yo, ya quedamos en que nadie toca a nadie.

Alma: Aunque con este frío...

Jacobo: No siento ni el frío, nada.

Alma: Con este frío, lo normal sería que aparezca, por lo menos, un lugarcito para resguardarse, pero no se ve ni una sola vereda.

Jacobo: Esto ya no es nada normal.

Alma: Déjeme echar un vistazo por allá atrás a ver si se vislumbra algo.

Jacobo: Pero si de allá venimos.

Alma: ¡Qué va! Yo ni siquiera me acuerdo cómo llegamos hasta aquí. *(Ríe)* ¡Y deje de hacerme cosquillas!

Jacobo: ¿Otra vez con eso? Si apenas tengo paciencia para mantenerme despierto. ¿Por qué no amanece?

Alma: ¡Qué pregunta! Pues de tanto caminar ya perdimos la noción del tiempo... Mejor ya vengo, pero no se vaya, no me deje sola.

Alma desaparece entre la oscuridad. Jacobo respira profunda y aceleradamente, un recuerdo aparece como imagen difusa, se sobresalta.

Jacobo: Luces de colores, música, yo... bailaba sobre la arena... Me llamaron... Esos ojos tan raros, ni un solo parpadeo...

Jacobo se frota la cabeza. Alma vuelve agotada.

Alma: ¿Qué decía?

Jacobo: Nada ¿Qué vio?

Alma: Allá no se ve ni un alma. Está demasiado oscuro, qué extraño, ni una sola luz encendida a lo lejos.

Jacobo: Alma, antes de encontrarse conmigo ¿Qué es lo último que recuerda?

Alma: A ver... Sí. Antes de perderme en la carretera, estaba haciendo un reportaje en el pueblo de mis padres. Había una protesta durísima y era información de primicia que, por lo demás, no iba a transmitirse en medios oficiales. Resulta que decían que el alcalde se había robado una plata para el acueducto del pueblo y que le había entregado unos predios a una empresa rara del extranjero.

Jacobo: Ah... ¿El alcalde la conocía usted?...

Alma: No precisamente, pero habíamos hecho unas notas sobre él que lo tenían en boca de todos.

Jacobo: Y la gente la apoyaba, me imagino.

Alma: Pues fíjese que, justo ese día, la gente salió a las calles y le estaban gritando al alcalde unas arengas buenísimas.

¡Al alcalde relajao,

hoy lo vamos a sacar.

Por más que tengamos hambre,

no nos vamos a dejar!

O esta, mira.

Lárguese con su corbata

¡Y deje ya de dormir!

Que la tierra se respeta

¡Esto no lo vio venir!

Jacobo, cada vez más inquieto, camina de lado al lado mientras Alma ríe.

Alma: Luego, el alcalde salió huyendo en su camioneta y gente le cerró el paso. Yo ahí, registrándolo todo. Me acerqué y le tomé una foto, primero a la cara pasmada de ese viejo y, luego... (*Señalando su cámara fundida*) no, no enciende... bueno, capturé otra cuando un señor se subió al capó del carro, hasta que el infeliz del alcalde ordenó acelerar. En ese rato me llené de rabia, solté la cámara y, sin pensarlo, le lancé una plasta de tierra al parabrisas (*Se ríe*).

Jacobo: ¿Y el alcalde qué hizo?

Alma: Me miró a los ojos y le insistió al conductor que acelerara. Después la gente empezó a celebrar, un momento de algarabía a en medio de huelga. Pero, de repente, todos empezaron a correr y yo corrí hacia mi carro. Eso es todo lo que recuerdo.

Jacobo: ¿Miró hacia atrás?

Alma: ¿Cómo así? ¿Y para qué?

Jacobo: Solo pregunto... tengo algo que decirle, pero mejor siéntese.

Alma ríe a carcajadas.

Alma: ¿Otra vez sus cosquillas? Ya, quédese quieto.

Jacobo: No soy yo. Mire sus pies.

Un zumbido de moscas retumba. Bichos pequeños suben desde las piernas de Alma y Jacobo hasta cubrirles el cuerpo.

Alma: ¿Qué son estos bichos que suben por mis piernas? Tiene... tiene algo que le sale por la boca ¿Qué nos está pasando?

Jacobo: La estaban esperando a la vuelta de la esquina.

Alma: ¿Quiénes? Tiene el pecho abierto y una lucecita pasa a través de usted. No me siento bien, estoy fría.

Jacobo: Seguro estaba de espaldas. Tuvo suerte de no ver el vacío de sus ojos.

Alma: La luz se está haciendo infinita, me invade.

Jacobo: A mis asesinos yo sí los vi. Se fugaron hacia el río. La policía los vio y no hizo nada.

La tierra los cubre poco a poco convirtiendo todo en sepultura.

14. Escena 13. La exhumación

Sobre una colina sembrada de amapolas, se reflejan las luces de infinidad de estrellas. La voz de Jacobo y Alma zigzaguea por el lugar.

Jacobo: ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Alma: No tengo idea. El suficiente.

Jacobo: ¿Para qué?

Alma: Para volar...

Se escuchan disparos de cámaras fotográficas.

Jacobo: ¡No me digas que funcionó otra vez tu cámara!

Alma: Para nada, hasta la perdí.

Jacobo: Y, entonces, ¿qué fue ese sonido?

Alma: Ni idea.

Jacobo: Es que no veo ¿Tú me ves?

Alma: Solo te escucho... Mira, mi mano se fue corriendo detrás de una mariposa, pero no sabe volar.

Jacobo: Yo no la veo. ¿Estás segura?

Alma: Claro, hace un rato mi cabeza dio giros, giros y giros tan lejos de mi cuerpo, que hasta pensé que me dolería, pero nada.

Jacobo: De tu cuerpo...

Jacobo y Alma ríen. Se escucha el golpe de una pala abriendo un agujero en la tierra.

Jacobo: Veo una luz... sí, un rayito de luz se alcanza a ver entre esa tiniebla.

Alma: Yo ni siquiera tengo mirada. El otro día mi coxis quiso bailar, pero no encontramos cómo mover la cadera.

Jacobo: ¡Agg! ¡Perdí la luz!

Alma: Y no siento nada...

Jacobo: ¿Cómo? ¿Ni cosquillas?

Alma: Ni eso ya. Lo que insiste en mí, es el pensamiento.

Jacobo: En mí, los recuerdos.

Jacobo y Alma, de un suspiro, aparecen abrazados por raíces y de sus cuerpos florecen amapolas. Fuertes golpes palean la tierra. De a poco, el claro de luna los ilumina. Desde la superficie, se escuchan algunas voces.

Jacobo: Increíble. Sobre mí crecen flores de amapola.

Alma: ¡Es hermoso!

Jacobo: De mi pecho nacen raíces delgaditas que acunan semillas, abrazadas por pétalos cobrizos y púrpura que hacen de mí, esa montaña de arco iris por la que alguna vez jugué a las escondidas.

Alma: ¿Todavía te acuerdas?

Jacobo: Sí, me acuerdo.

Irrumpe una voz.

Voz de Investigadora: ¿Esta es la zona?

Silencio.

Alma: ¿Qué fue eso?

Jacobo: No sé... (*Obnubilado por las flores de su cuerpo*) ¿No te parece curioso que sobre mí se acune la vida y yo sin poder gritar?

Alma: Inténtalo.

Jacobo intenta gritar, pero su grito es seco.

Jacobo: No puedo, ni siquiera siento el vaho de mi aliento.

La tierra se remueve a profundidad y la luz de la superficie se va expandiendo. Irrumpe otra voz.

Voz de Franco: Hay otros enterrados sobre esas cruces.

Alma: ¡Jacobo! ¿Escuchaste?

Jacobo: Sí... ¡Es uno de ellos! Estoy seguro. ¡Hola! ¡Holaaaa!... Si pudiera gritar.

Alma: Golpea la tierra.

Alma y Jacobo, golpean de forma insistente la tierra que los cubre.

Voz de investigadora: ¿Las cruces blancas que están más allá del alambrado?

Voz de Franco: Sí.

Silencio.

Alma: Más fuerte, Jacobo... ¡Ey! ¡Entrégume a mi familia! ¡Devuélvame completa!

Jacobo: Espera, cálmate... No escuchan.

Alma: Odio que me ignoren. Detesto que la gente sea tan cruel como para no escuchar, lo que es justo gritar.

Jacobo: Aunque pudiéramos, no escuchan.

El palear es cada vez más repetitivo y la tierra deja caer su peso a un lado de la superficie.

Voz de investigadora: Pelvis.

Voz de un sepulturero: ¿Cuántos años tenía, doctora?

Voz de investigadora: 12, 14, era joven...

Alma: Muévete, Jacobo, no pueden irse sin nosotros. Hay varios aquí.

Jacobo se mueve, violento. Alma lo intenta inútilmente.

Voz de investigadora: Clavícula...

Voz de un sepulturero: Unos 40 años ¿cierto?

Alma: ¿Eres tú?

Jacobo: Imposible.

Se escuchan flash de fotografías y un tumulto de gente acercándose.

Voz de investigadora: (A Franco) ¿Algo más que decir?

Voz de Franco: Lo siento mucho...

Jacobo: Ahí está, no se ha ido. (A Franco) Quiero que lo sepa: No vi la hora, ni las marcas de su rostro, no registré el día de la semana, no supe si disfrutó, si le dolió, si tuvo algún remordimiento...

Alma: Jacobo...

Jacobo: No detallé en su mirada, pero sí puedo decirle una cosa: yo no me quería morir.

Alma: No te escucha.

Jacobo: ¿Por qué lo hizo?

Alma: Es inútil.

Alma y Jacobo se detienen.

Voz de Investigadora: (a Franco) ¿A cuántos enterraron aquí?

Voz de Franco: No me acuerdo.

Alma: ¡Bah! No se quiere acordar.

Se escuchan voces de mujeres acercándose.

Voz de investigadora: Con cuidado, por favor.

Voz de Consuelo: ¿Con quién lo hizo?

Jacobo: Alma... es mi madre

Alma: No lo puedo creer.

Jacobo: ¡Mamita! Aquí estoy.

Jacobo se desprende de sus flores y raíces, e intenta moverse como tratando de encontrar la salida de un túnel.

Voz de Consuelo: ¿A cuántos mató?

Voz de Franco: No lo sé, lo siento.

Voz de Consuelo: Mi hijo nunca debió morir

Voz de Franco: Nadie tenía que morir.

Voz de Rita: Tantos huérfanos, pobre gente, por defenderse.

Voz de Franco: Yo fantaseo con devolver el tiempo.

Consuelo, Franco, Rita, Margaret, la investigadora y el sepulturero aparecen rodeando las tumbas.

Consuelo: Pero no puede. Quizás, ahora sea usted quien no pueda dormir en las noches. Se verá frente al espejo y sentirá repugnancia o hasta se desconozca.

Voz de Franco: Perdóneme.

Voz de Consuelo: Sí ¿Pero usted se perdona?... Yo sé que se arrepiente y no bastaría con que nos pida perdón. Lo entiendo. A veces el pasado y tanto silencio aturden, gritan, no dejan olvidar.

De Jacobo y Alma, solo se escucha su voz.

Voz de Jacobo: ¡Mamita! te vivo como si fueras mi último recuerdo.

Voz de Alma: Jacobo, mi cuerpo se congeló.

Voz de Jacobo: Y cada vez que sueño, tú estás ahí y me abrazas. Ojalá pudieras escucharme.

Consuelo: ... esa es su camisita, la que tanto le gustaba. *(A Rita)* Ahí está, hija... con esos bordecitos rojos.

Rita: No lo puedo creer.

Margaret: Lo encontré, mamita, yo sabía.

Consuelo: Mi niño, aquí está.

Se escuchan flash de fotografías. Rita y Margaret abrazan a Consuelo.

Voz de Alma: Jacobo ¡Lo lograste!

Voz de Jacobo: ¿Dónde estás? A ti también te van a encontrar... seguro.

Voz de Alma: Yo ya te veo desde las estrellas.

Voz de Jacobo: ¿Qué? ¡Alma! ¡Alma! ¿Dónde estás?

La tierra se torna oscura. El tumulto calla. De los vivos solo se ven las sombras. Al final, lo último que resplandece son dos estrellas sobre el cielo.

15. Escena 14. Perdón

Amanece. A lo lejos se escucha el canto de los pájaros y el viento deja caer las últimas hojas de los árboles. Consuelo abraza y acaricia un cofre. Tras ella, Jacobo le acaricia el pelo.

Consuelo: Tomo tu cuerpo frío y marchito para darte el último adiós. Siento el roce de tus pestañas en mis manos, mientras te cierro los ojos. Acercó los dedos a mi propia boca para recordar que yo sí conservo el aliento. Quisiera cambiar de lugar. Quisiera que tu juventud florezca y que a mí me olviden en un cementerio, pero estoy de este lado. Perdóname, hijo, por no haberme ido primero.

Jacobo la besa y Consuelo, siente un aire frío sobre su rostro. Jacobo se despide y canta, mientras su imagen se va diluyendo.

Jacobo:

Oh, mi niño ven despierta ya,
que tu mamá pronto te viene a abrazar.

Oh, niño abre tus ojos,
que el sol nace cuando tú lo iluminas.

Si mi niño danza la tierra,
nacen frutos dulces y germina hogar.

Si mi niño la siembra, también,
la vida florece mientras tú creces.

Oh, mi niño ya va a oscurecer,
guárdate en mi brazo y quédate en mi ser.

Si te marchas, tu mamá llora

Guardarme palabras, déjate acunar...

Rin, Rin, Rin. Resuena el timbre del teléfono antiguo. Consuelo se levanta y ve el teléfono descolgado dentro de la jaula de pájaro. Se acerca.

Consuelo: Después de encontrarte, ¿Sabes lo que me hace feliz? Que mi alma no sea una muralla de hielo, que después de todo, vuelva a levantarme. Por ti, hijo, celebro estar viva y poner en mi voz tus palabras; esas que decías, que leías mientras soñabas con cambiarlo todo. Tus sueños son los míos.

Consuelo abre la jaula, cuelga el teléfono y se va.

FIN.

Bibliografía

- Bernini, E. (2009). "Estallar el testimonio. Albertina Carri: cine, instalación, performance y porno", en *Kilometro 11*, No. 14-15, pp. 81-93. <http://kilometro111cine.com.ar/estallar-el-testimonio-albertina-carri-cine-instalacion-performance-y-porno/>
- Buenaventura Aldeano, E. (1968) *La maestra. Los papeles del infierno*. <https://sites.middlebury.edu/span6560/files/2010/08/Teatro-La-maestraBuenaventura.pdf>.
- Levi, P. (1989) *Los hundidos y los salvados*. Personalia de Muchnik Editores, S.A. Barcelona.
- Reyes Posada, C. (2012). *Violencia en dos siglos de historia de Colombia*. Beca de Investigación Teatral del Área de Teatro y Circo del Programa Nacional de Estímulos del Ministerio de Cultura.
- Reina Valera (1960). *Salmo 102. La oración del afligido*. <https://biblia.com/bible/nvi/salmo-102--126?culture=es>
- Zizek, S. (2008). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Editorial Paidós. Barcelona, Buenos Aires, México.